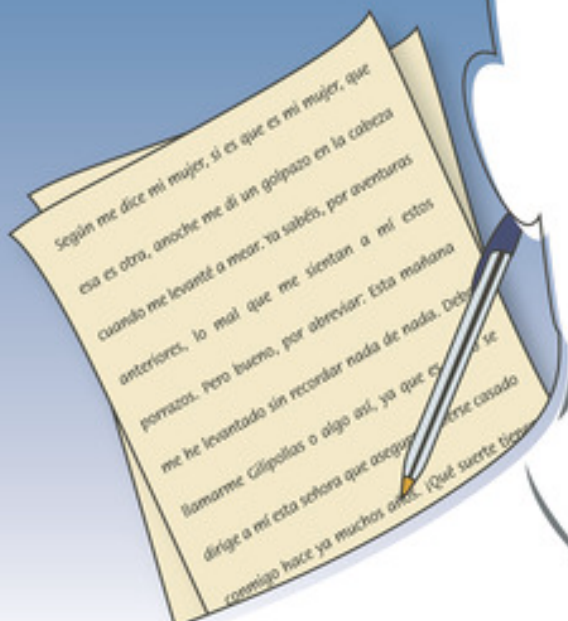


DIARIO DE UN ANORMAL

Juan Vicente Sánchez Díaz



Según me dice mi mujer, si es que es mi mujer, que
esa es obra, anoche me di un golpeazo en la cabeza
cuando me levanté a meor. Ya sabéis, por aventuras
anteriores, lo mal que me sientan a mi estos
pormazos. Pero bueno, por abreviar: Esta mañana
me he levantado sin recordar nada de nada. Debo
llamarme Gálipulas o algo así, ya que es lo que se
dirige a mi esta señora que oscuramente me casado
conmigo hace ya muchos años. ¡Qué suerte tiene

autografía

*A mi esposa, por la paciencia que ha tenido noche tras noche.
A mi hija Miriam por hacer la portada y
a mi hija Aroa, que me han ayudado tanto en el proceso de edición.*

Quiero agradecer también a Kany Sáez por crear el grupo:

Fans de Diario de un Anormal – Gilipollas,
una auténtica casa de locos en donde estáis todos mis amig@s.

Y cómo no, a todos y todas vosotras, sin los cuales este relato no tendría sentido.

Sumario

Preámbulo	11
I. Me presento: Soy Gilipollas	15
II. Presidente	19
III. En manos del destino cruel	25
IV. En bragas y a lo loco	31
V. ¡Pará Gilipollas!	37
VI. P35 a Central, tenemos un Código G.	41
VII. Vade retro, ¡Satanás!	47
VIII. Suegra solo hay una y ¡menos mal!	53
IX. El pato Lucas anda suelto	59
X. Estamos en directo	65
XI. Cocinando con fundamento.	71
XII. ¿Quién dijo hambre?	77
XIII. Paseando al perro	83
XIV. Buscando trabajo	91
XV. Amanece	97
XVI. Bonito Barato.	103
XVII. Un Nazareno, un chino y no sé qué de la bandera de Japón.	109
XVIII. Comida Mexicana	115
XIX. En 20 minutos lo tienes en casa.	121
XX. Con la Iglesia hemos topado.	127
XXI. Una señal divina	133

XXII. Ya no soy el Presidente	139
XXIII. El atraco	145
XXIV. Arroz caldoso	151
XXV. El extraterrestre	157
XXVI. Mi cuñado es Gilipollas	165
XXVII. Aprendiendo a fregar	173
XXVIII. Mejor solo que mal acompañado	179
XXIX. Delirios de un autor	187
XXX. Fachinando	193
XXXI. Un sermón desde el balcón	199
XXXII. Conejo al ajillo	207
XXXIII. Fumando en el balcón	215
XXXIV. Es el autor, mamá.	223
XXXV. Me meo a chorros	233
XXXVI. Trabajos manuales	241
XXXVII. Pizza casera	251
XXXVIII. Una llamada Real	259
XXXIX. Secretos de confesión.	267
XL. La sección femenina se ha sublevado.	275
XLI. Una visita inesperada	283
XLII. Una aparición de urgencia	291
XLIII. Casa las Penas	297
XLIV. Dos Gilipollas y un autor	305
XLV. Preparando el gran momento	313
XLVI. Estas son mis chicas	319
XLVII. Pesadilla en los fogones.	325
XLVIII. Ya estamos todos	333
XLIX. Feliz reencuentro	337
Epílogo	343

PREÁMBULO

Todo esto comenzó sin ánimo de que se convirtiera al final en un relato más o menos largo. Y mucho menos en este libro.

Durante uno de los primeros días de la cuarentena escribí lo que ahora es el primer capítulo. Lo hice con la intención de ridiculizar a toda esa gente que se salta la cuarentena haciendo precisamente eso: el GILIPOLLAS. Nunca pensé ni por un momento recibir tantos comentarios pidiéndome que continuase escribiendo más episodios, porque mi pretensión no era la de ir más allá.

Por alguno de aquellos comentarios me di cuenta de que por lo menos mis payasadas servían para hacer compañía a mucha gente, aunque sólo fuera por unos segunditos. Sobre todo, a personas mayores que debían estar muy preocupadas y asustadas con tanto bombardeo de noticias tan negativas en las televisiones, radio, prensa...

Han sido precisamente las personas más mayores las que con sus mensajes por privado me han hecho saltar las lágrimas de emoción, pero también de inmensa satisfacción. En ocasiones estaban completamente solas en casa y yo me estaba convirtiendo

en la única compañía de la que podían disfrutar. No puedo ni imaginar lo mal que lo deben haber pasado.

Trabajo en un hospital como informático y ya que no puedo tener contacto directo con los pacientes porque no soy sanitario (eso quisiera yo en estos momentos, saber cómo hacer algo por ellos), igual estas tonterías mías sirven como “aspirina” para hacerles pasar un poco mejor la situación. Me sentí útil si con ello podía por lo menos animarles durante unos instantes.

De manera que me hice la promesa de continuar escribiendo un capítulo diario cada noche, robando horas al sueño para regalar un minuto de entretenimiento. El trato me compensó con creces.

Fue muy duro intentar evadirse de la espantosa realidad para centrarme en un escenario imaginario en donde la locura sana se impusiese a ese espanto.

Nunca pretendí ofender a nadie con mis personajes absurdos, surrealistas, caricaturizados. Ni tampoco hacer una serie de capítulos porque, además de que dispongo de poco tiempo para ello, como digo, no fue esa la intención de mi primer escrito.

Me gustaría también manifestar mi solidaridad con todas aquellas personas que sufren en persona o en la familia la maldita Enfermedad del Alzheimer. De ningún modo ha sido intención mía faltarles al respeto. Sólo se me ocurrió la idea de llamar la atención a todas aquellas personas que hacen el GIPILOLLAS a sabiendas, comportándose como si no supieran nada, o esta guerra no fuese con ellos.

Lo publico tal y como lo he ido subiendo día a día a Facebook, aunque con alguna modificación en el estilo y corrección

de errores. Con intención de que sirva como recuerdo amable de esos días tan aciagos. Tal vez en un futuro lo lean personas que tuvieron la suerte de no tener que vivirlos. En ese caso, creo que no comprenderán en profundidad lo que tremendo que ha sido todo esto.

Sólo me resta agradecer el cariño que he recibido y sigo recibiendo de todos y todas vosotras. Quedo en deuda perpetua.

Recibid mi más sincero agradecimiento:

Juan Vicente Sánchez Díaz.

Capítulo I

Me presento: Soy Gilipollas

Según me dice mi mujer, si es que es mi mujer, que esa es otra, anoche me di un golpe en la cabeza cuando me levanté a mear.

Ya sabéis, por aventuras anteriores, lo mal que me sientan a mí estos porrazos. Pero bueno, por abreviar:

Esta mañana me he levantado sin recordar nada de nada. Debo llamarme Gilipollas o algo así, ya que es como se dirige a mí esta señora que asegura haberse casado conmigo hace ya muchos años. ¡Qué suerte tienen algunas!

Como me duele bastante el chichón, he llamado al médico de urgencias y después de preguntarme si tenía síntomas de corona, me he palpado la cresta extrañado. Luego he caído en que estaba bromeando y en realidad creo que me estaba preguntando que si tenía cuernos.

Le he colgado el teléfono. ¡Vaya un sinvergüenza...! Así va la Seguridad Social.

Total, que he salido a tomar el aire a ver si se me pasa la jaqueca. Un vecino me ha gritado desde el balcón:

— ¿Pero dónde vas gilipollas? —

Con lo que se confirma, efectivamente, que ese debe ser mi nombre. Bueno, despejada la primera duda.

Me ha llamado mucho la atención que me he cruzado con gente con la máscara puesta. Yo creo que venían del dentista o algo. Luego, camino del bar, me he cruzado con un par de señoras que llevan una inmensa cantidad de rollos de papel higiénico. Con la sagacidad que me caracteriza he pensado que debían estar de oferta así que sin dilación he puesto rumbo a Mercadona a comprar unos cuantos yo también.

¡Oye, que me ha parado la policía para preguntarme donde iba sin máscara!

— Señor agente. — le he dicho con toda la calma y la educación del mundo —. Yo ya sé que soy más feo que *Picio* pero tampoco creo que haya que llegar al extremo de tener que ir con una careta por la calle. —

Y se lo ha debido tomar a mal porque inmediatamente me ha pedido los papeles.

— Mirusté, papeles todavía no tengo, pero precisamente ahora iba a Mercadona a comprar unos cuantos rollos. Si quiere le traigo alguno también a usted. —

Total, que me ha dado una manta de hostias y me ha multado. Yo he pedido socorro a los vecinos y los hijos de la gran puta se han puesto a aplaudir al agente animándole a que siguiera repartiéndome.

— Dale más fuerte al gilipollas este. — no entiendo nada.

Pues eso, que he decidido ir al bar de Manolo a desahogar mis penas. Y tócate los huevos que no estaba abierto. En un cartel

pone que el establecimiento está cerrado por virus. Ya sabía yo que Manolo era un guarro y que tarde o temprano el bar se lo iban a cerrar a la mínima que viniera un inspector de Sanidad.

Y no te lo vas a creer, pero todos los bares están cerrados también. Me he acercado a un hombre que está de espaldas y le he tocado el hombro para preguntarle qué pasaba con los bares. El tío se ha pegado un susto y ha empezado a decirme Gilipollas. Debo ser bastante popular en mi barrio porque todo el mundo sabe mi nombre. Y dale que te pego con el soniquete de que no tengo mascarilla y que me aleje de él por lo menos dos metros.

— Oiga ¿Por quién me toma? ¿Acaso le he tocado el culo o me he insinuado? – le he dicho ya un poco mosqueado. A todo esto, el tío me ha montado un escándalo que *paqué*.

Total, que he apretado el botón del semáforo para cruzar cuando se pusiera verde. Tontería porque apenas hay coches circulando, debe ser el día internacional de ir sin coche o algo así. Pero a mí no me gusta cruzar en rojo. Y una tiparraca fea como un demonio me ha dicho a voces que no toque nada sin guantes que puedo coger no sé cuántas enfermedades.

— ¡Y lávate las manos en cuanto llegues a casa, gilipollas! –
¿De qué coño conoceré yo a esta tía para que también se sepa cómo me llamo?

Pero, visto lo visto, he pensado que lo mejor sería ir al chino a comprarme una careta y unos guantes para poder andar por la calle sin que nadie me monte un espectáculo. Debe ser la moda el tema de la máscara y los guantes porque hasta los Guardias Civiles la llevan. Nunca entendí ese tema de seguir las modas. Solo

espero que tarde en llegar a España el blanqueamiento de ano porque sinceramente yo por ahí no paso.

¡ZASCAAA! ¡Inaudito! ¡El chino cerrado! Y un cartel:

“Si estás leyendo esto eres gilipollas, vete a tu casa.”

De repente lo comprendo todo: Es una broma de cámara oculta. Me he puesto delante de la cámara de seguridad del Banco Santander y le he hecho un calvo. Una señora que paseaba con su perro me ha dicho desde la otra acera de la calle:

— Desde luego que con la que está cayendo y usted enseñando el culo. ¿No te da vergüenza Gilipollas? —

Esto es demasiado. Me voy para casa. Enciendo la tele y sale en las noticias el momento en el que el policía me estaba dando de hostias en la calle. El titular:

“Gilipollas es denunciado por agentes de la autoridad al no llevar papeles ni mascarilla”.

¡Cágate *lorín!* ¡Si resulta que hasta el Piqueras sabe mi nombre!

Yo os pido un favor, ya que he perdido la memoria. Si alguien me conoce y sabe quién soy que me lo diga para ver si recupero mis recuerdos. Y no hace falta que me digáis que soy Gilipollas porque eso, a estas alturas, es lo único que sé a ciencia cierta.

Gracias.

Capítulo II

Presidente

Llevo casi veinte minutos en casa. Me sigue doliendo la cabeza, así que, aprovechando que me he quedado sin tabaco voy a bajar al estanco en un momento y que me dé la brisa de la tarde.

Esta vez voy a tomar mis precauciones para que no me pase lo de esta mañana. De manera que he cogido dos rollos de papel del wáter y me he puesto una máscara de Goofy que había en una caja que ponía: “Recuerdos del Carnaval”. No sé si será reglamentaria con arreglo a las modas estándar. Pero es lo único que tengo para no salir a cara descubierta haciendo el ridículo. No tengo ganas de que me llamen la atención.

En el zaguán veo un papelote pegado con dos celos que me ha subido la moral y ha engrandecido vivamente mi ego:

*“El ascensor lleva averiado quince días.
El presidente es Gilipollas”.*

De modo que ya sé que ocupó un cargo de relieve en mi comunidad de vecinos. Poco a poco voy recopilando datos de mi pasado.

Me ha extrañado mucho no ver a nadie por la calle a estas horas. Tal vez es que estén echando fútbol por la tele y yo no me haya enterado. Pero vamos, que como no sé de qué equipo soy, tampoco es que me interese mucho el partido.

Al entrar en el estanco y al verme la dependienta con mi cartera puesta ha empezado a gritar como una cotorra en celo y ha pulsado la alarma. Yo me he quitado la máscara para que vea que soy un hombre de bien y al parecer me ha reconocido al instante:

— ¡Tonto los cojones! ¡El susto que me has dado, gilipollas! Conforme está la cosa y usted haciendo el ganso como un crío pequeño. ¡Pensaba que era un atraco! —

Me ha vendido el paquete de Ducados y me ha tratado malamente según mí entender:

— ¡Y no se te ocurra volver por aquí en tu puta vida! ¡Imbécil!

Seguramente, el lector se habrá dado cuenta de que me confundió con otra persona, porque yo no soy ese tal Imbécil. Yo soy Gilipollas. Pero mira, no tenía ganas de discutir con esa grulla. Sinceramente, yo creo que no son formas de tratar a la clientela. Allá ella si quiere hundirse el negocio.

Salgo del estanco mal humorado y me cruzo por la calle con dos o tres personas que deben ser bastante antisociales porque es verme y cambiarse a la acera opuesta mientras me miran por encima de sus mascarillas con cierto resquemor. Incluso una chica jovencita saca de su bolso un *spray* de pimienta y me rocía la cara antes de salir corriendo calle abajo gritando como alma que lleva el diablo.

Cuando he vuelto a casa, a eso de las ocho, mis vecinos han salido al balcón a aplaudirme. Al principio me ha abrumado tanto honor y les he devuelto el gesto con reverencias en mitad de la avenida. Me siento como un torero en medio de la arena cuando le dan las orejas y el rabo del toro. Y en una apoteosis unánime de homenaje todos se han puesto a corear mi nombre acompañándolo con palmas:

— *GILIPOLLAS... GILIPOLLAS... GILIPOLLAS...*

Y aquí estoy yo, con mis dos rollos de papel higiénico, mis guantes blancos de cuando hice la mili y mi careta de Goofy agradeciendo con grandes gestos el sentido cariño que esta gente, que sin saber yo porqué, sienten por mí. Llorando de emoción y del escozor del *spray* picante que me había echado la niña esa asquerosa.

El griterío se torna en un clamor apoteósico cuando un coche de la Guardia Civil se ha puesto a tocar la sirena y a cortarme el paso. Casi me atropella. Al verme con mis pintas, lo primero que han hecho es tirarme una foto con el móvil. Se dicen entre ellos que sin el retrato no les iba a creer nadie en comisaría. Luego se baja uno del coche con una mano en la cachiporra lista para ser usada en caso de extrema necesidad. Con acento claramente andaluz me dice de sopetón:

— *Me vi a cagá en mi estampa divina. ¡Zi no lo veo no me lo creo! Apuesto a que es uzté Gilipollas.* —

— Efectivamente, señor benemérito. El mismo que viste y calza — le respondo orgulloso de mi mismo.

— *Mu bien. Po ahora me lo vas a deletreá mu despacitamente. Enga empieze usté...* —

— *G – porrazo.*

— *I – porrazo.*

— *L – porrazo. Pierdo el sentido con tantos palos en el lomo.*

Me despierto en una camilla de la comisaría completamente en cueros. Seguramente habían aprovechado para hacerme un análisis corporal a fondo porque he visto que en una pizarra estaban apuntadas mis medidas: Peso, temperatura, estatura, volumen pulmonar, volumen cerebral, tamaño de la cuca, etc. Números que no puedo exhibir aquí porque atentarían contra la Ley de Protección de Datos.

Han llamado a mi mujer para que venga a recogerme y a pagar la multa. Cuando llega entra en el despacho del comisario. Desde mi celda puedo oír claramente la conversación:

— Lamentamos lo ocurrido señora y alabamos su paciencia. Su marido debe ser gilipollas ¿verdad? – le dicen mientras le enseñan la foto que habían tomado desde el coche antes de mi detención.

— Efectivamente, lo es. –

— Bueno, pues rellenamos el atestao, lo firma uzté y se lo lleva cuanto antes mejor. Y si es posible; atao con un cordel. –

— ¿Cómo se llama usted, señora? –

Aguzo mi oído para enterarme de quien es mi esposa:

— Angustias – contesta ella.

¡Qué bonito! – pienso. – ¡Mi esposa es doña Angustias de Gilipollas!

Excuso contarles la que me lió cuando llegamos a casa: Que si porqué cuento estas cosas en Facebook, que si la tengo harta, que no va a poder salir a la calle sin que se rían de ella, que si va a

coger la puerta y no la voy a volver a ver el pelo. Y muchas otras cosas más que no puedo relatar en este resumen por si estuviésemos en horario infantil.

Bueno, me voy a echar gotas en los ojos a ver si se me pasa el escozor y a acostarme un rato que tengo un dolor en los moratones y en la cabeza que no se lo salta un gitano. A ver si mañana tengo mejor día.

Firmado:

Gilipollas. Presidente de la Comunidad de Vecinos.

Capítulo III

En manos del destino cruel

He pasado muy mala noche. Tengo tantos dolores en los moratones que cualquiera diría que me ha pasado por encima un tráiler. He llegado a la cocina con una mano en los riñones y medio cojeando. igualito que *Chiquito de la Calzada*. Pero una buena taza de café y una caja enterita de *Nolotiles* comienzan a hacer su efecto.

Enciendo la tele mientras me tomo el cafelito y en todas las cadenas están echando películas de médicos y hospitales. A mi ese cine no me gusta porque siempre salen médicos *guaperas* que no paran de ligar. Pero esta vez, por lo visto, son series españolas porque en la Sexta sale Ferreras haciendo un cameo fingiendo el papel de que los entrevista. ¡Bah! Luego tienen la santa pachorra de decir que estas películas están basadas en hechos reales.

He encontrado una cadena en la que hacen anuncios de tele-tienda. Venden un chisme: el *Wipper Tripper*. Que por lo visto, es un aparato que te quita las almorranas en quince días. Un gordo sale dando testimonio de que ya no necesita sentarse encima de un flotador para evitar el escozor.

Y zapeando, zapeando, he encontrado un canal en el que una bruja echa las cartas del Tarot. De repente lo he visto claro. ¡La solución a mi crisis de identidad! La llamo y que me adivine el pasado y de ese modo recuperaré la memoria o, por lo menos, sacaré algún dato nuevo. Marco y me pasan en directo con ella:

— Hola cariño, ¿en qué puedo ayudarte?, ¿en el amor, tal vez?, ¿qué horóscopo eres? —

— No lo sé señora bruja. La llamo precisamente para eso, y de paso para que me adivine quien soy. —

— ¿Me está tomando el pelo? — me dice mosqueada. —. Porque me está pareciendo a mí que es usted gilipollas. —

¡Toma por culo, a la primera! Para que luego digáis que esta gente no tiene poderes.

— No señora, si eso ya lo sé. ¿Pero me podría ampliar la información, por favor? —

— Sí, gilipollas de nacimiento. —

Y oye, la tía se ha puesto a echarme maldiciones a voces, me ha encendido dos velas negras y me ha colgado. Será todo lo vidente que quieras, pero me parece a mí que muy profesional de la tele no es.

Pues nada, me voy a ir al Centro de Salud para que me receten alguna crema o algo para los cardenales que tengo en medio de la espalda. Afortunadamente, la cabeza ya no me duele y el chichón va menguado, ya lo tengo como una pelota de tenis.

Esta vez tomo mis precauciones. Seguramente la policía me tiene enfilado por alguna cosa de mi pasado porque no veo normal que me den más palos que a una estera cada vez que pongo los pies en la calle. Voy a salir de incógnito, así que me he puesto

un chándal, unas zapatillas y una gorra para ocultar el chichón. No creo que sospechen que soy yo cuando me vean haciendo deporte por la calle. Eso nunca llama la atención.

¡Una mierda para mí! Mi plan B ha fracasado estrepitosamente. Ha sido poner un pie en la acera y otra vez el grupo de dementes de mi barrio se han puesto a gritar como posesos:

— *GILIPOLLAS, GILIPOLLAS, GILIPOLLAS.*

He echado a correr de tal modo que no me hubiera alcanzado un galgo y en menos de cinco minutos he entrado en el Centro de Salud sudando como un botijo, jadeando y con una mano en el costado porque me había entrado flato. No estoy acostumbrado al deporte, y por culpa del tabaco, me he puesto a toser en la sala de espera que estaba abarrotada de gente.

Inmediatamente todos se han alejado de mí y están en un rincón como si fuera yo a tirar un córner. Todos menos un abuelete, que, por lo visto, el hombre no está bien de las piernas y no ha podido salir pitando. Eso sí, los brazos los tiene de puta madre porque se ha hinchado a darme golpes con una muleta.

— Vete de aquí a tomar por culo, Gilipollas. — me dice en pleno desenfreno de golpetazos.

Para zanjar el asunto, un guarda de seguridad que está en el Ambulatorio me ha sacado a base de patadas en el culo con esas cacho botas que calza esa gente. ¡Qué bien me vendría tener un *Wipper Tripper* cuando llegue a casa!

No sé qué hacer ni a donde ir. Por cada calle que paso de regreso a casa siempre hay algún energúmeno que me delata constantemente gritando mi nombre como si no hubiese un mañana.

Oigo a lo lejos una sirena de un coche patrulla y me pongo a correr de tal modo que si el del libro Guinness me llega a ver le quita el récord a *Usain Bolt* y me lo da a mí.

Total, que llego a casa hecho un cromo. Incapaz de subir un solo escalón me meto en el ascensor sin recordar que no funciona. Decididamente, en cuanto mejore un poco, debo tomar medidas porque probablemente dejo bastante que desear como Presidente de la Comunidad.

Tras cerrar la puerta de un portazo me siento seguro. Pero ha sido sentarme y tener que volver a levantarme porque ha sonado el teléfono:

— Dígame.—

Una señorita con acento sudamericano:

— Hola, buenos días, señor. Mi nombre es María Adela, le llamo desde *Vodafone* para que obtenga usted grandes ofertas que tenemos para clientes nuevos. ¿Con quién tengo el placer de hablar? —

— Con Gilipollas. —

Unos segundos de silencio y luego continúa:

— Bien, señor Gilipollas, es un gusto hablar con usted para invitarle a que venga con nosotros para disfrutar de grandes ventajas que ponemos a su disposición en nuestro nuevo Club de Clientes Nuevos con ofertas especiales. —

— Mire usted señorita, yo no puedo ir a ese club en este momento. —

— ¿Acaso tiene usted contrato con alguna otra compañía? —

— No, señorita. Pero si yo le contara... No puedo ir a ningún sitio porque, sinceramente, ya no tengo huevos de salir a la calle para ir a ninguna parte. —

Y le he colgado. No tengo yo el cuerpo para fiestas.

La Consuelo a todo esto no sé dónde está. Desde el sermón que me echó anoche tiene un mosqueo que no me habla. En la nevera ha dejado un *post-it*:

“Si vas a salir compra pan”.

— Sí... ¡Los cojones!
